



A Ignacio

Anaclea Pelayo

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4° semestre

Hace meses que llegué a Boca de Pascuales y dejé de verte. Hace días que estoy aquí y sólo uno fui a pasearme a la playa; me quedé donde las olas me cortaban, más adentro no porque me comían, así como tus ojos, Ignacio, tus ojos que me retorcían la piel, y yo hubiera querido que me retorciera con palabras sopladas a la cara, no en tus sueños... ¿Aún soñarás conmigo? ¿Soñarás que estoy dejando mis huellas sobre la playa mientras pienso en tu nombre?

Sólo te vi una vez, tan lejana. Y yo antes pensé: lo lejano son los sueños en medio de dos costas, de mis pies bajo una tierra surcada de largas líneas que serpentean hasta toparse con los cerros, donde ya no queda más para los ojos; a menos que se crucen esos cerros, hasta llegar a donde se puede ver cómo serpentea la inmensidad del mar, tan retirado de esta tierra situada en el medio.

El día que te encontré fue cuando robabas los elotes de la cosecha de don Emilio, ¿te acuerdas? Los aventabas todos dentro del costal mientras silbabas “si te vienen a contar cositas malas de mí”... Luego me descubriste de entre los carrizos y te me acercaste:

—A ti yo te he visto, chiquilla. Esos ojos te los conozco.

—¿Y de dónde me los conoce usted, si se puede saber?

—De un sueño, chiquilla, de un sueño en donde caminábamos entre nubes anaranjadas.

Luego me tomaste de la cintura y vimos el brillo profundo de nuestras almas, mientras cantaban los grillos.

Pero me fui, Ignacio, no tuve de otra más que perseguir el río Armería. Y como no me preguntaste cuál era mi casa, ni volviste a pasar por ahí, tuve que irme para no quedarme sola, porque mis padres murieron y vino el Tadeo para llevarme con él hasta Colima, para ser

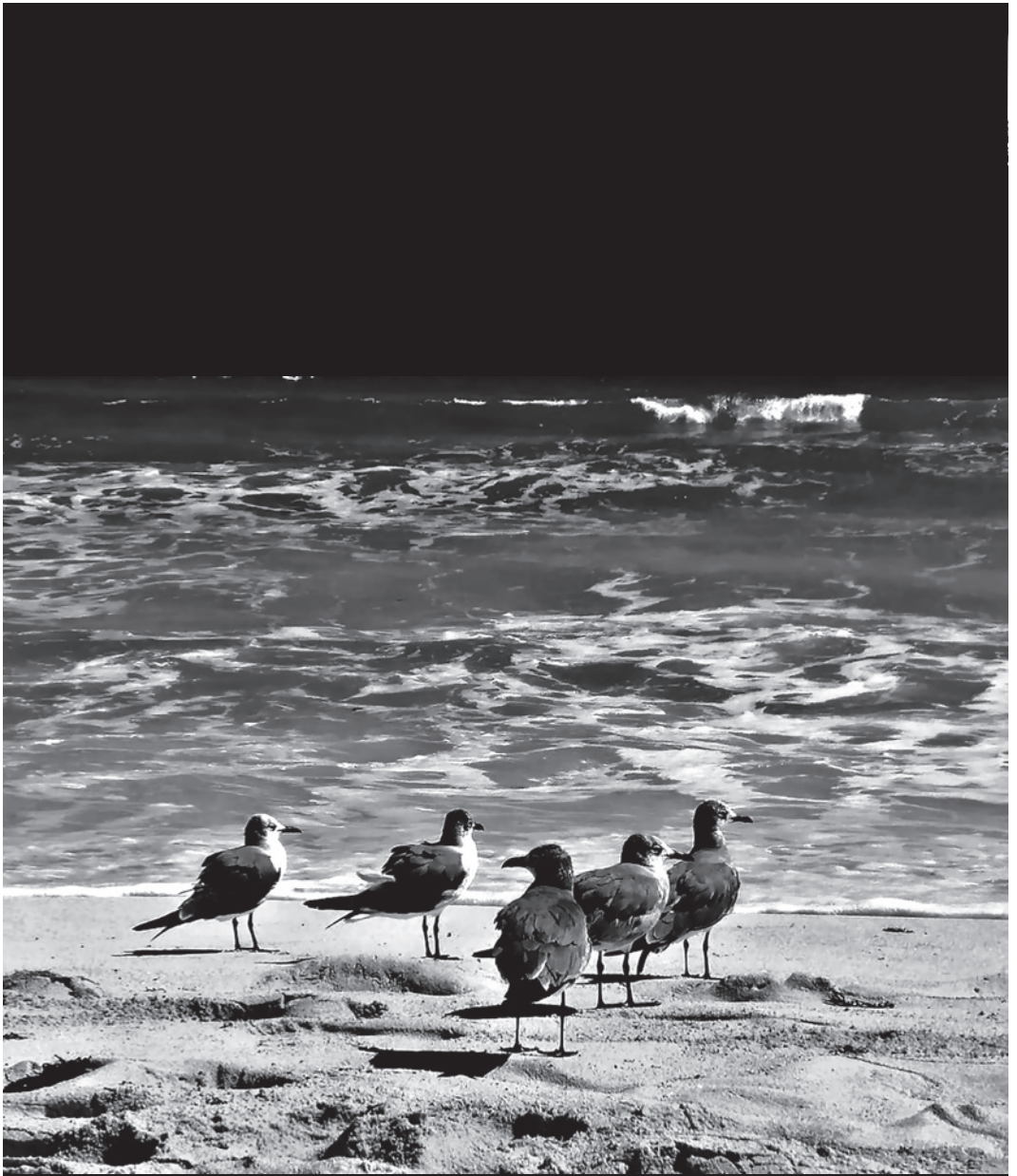
su mujer, aquí en Boca de Pascuales, donde hay una playa con un mar muy grande. Y fue más listo que tú, Ignacio, le hubieras visto los labios tan dulces que se movían debajo de un bigote como de ramitas de alfalfa fresca:

—¿Te vienes o te quedas, Marianita? Haz lo que te diga tu corazón, lo que tus padres hubieran querido. Nomás te recuerdo que aquí ya no habrá mucho por hacer.

Y me fui con mi cesto de paja en una mano, mientras que la otra me la apretaba el Tadeo. Nos fuimos casi corriendo entre el campo espolvoreado de blanco, entre las flores de cebolla que más bien parecían grandes dientes de león, tan blancas y ligeras que nos alzaron por encima de las piedras altas de los cerros y nos trajeron hasta la orilla del mar, donde se borraron en la brisa de la madrugada.

Para mis padres, lo lejano fue un sueño invisible de costas invisibles, porque murieron sin saber siquiera que existía, porque sólo conocieron el agua dulce de Armería, y no la persiguieron hasta la punta, donde desemboca en el mar. Y cómo iban a saber que existía si al final siempre se topaban con la serranía; a veces llegaban hasta la ciudad para vender sus cebollas o comprarse algunas botas, pero nomás. Y cómo irse más lejos si diario tienes que ordeñar las vacas y regar las cebollas, porque luego qué comíamos nosotros y qué comía el mundo. Porque estamos en un mundo hambriento, Ignacio, donde tienes que ir a robarle los elotes a don Emilio, y donde las señoras alimentan a sus pequeños sin dientes con puro caldito de frijoles y leche tibia.

Y siempre terminé por pensar que nosotros nos alimentamos de pensamientos lejanos, en los que no podemos llegar al mar porque estamos rodeados de neblina anaranjada que nos oculta el camino; pero ahora mi mar eres tú, Ignacio, inexistente como los sueños no encontrados por mis padres, tan profundo que no termino de verte con mis ojos.



Horizonte, Karen Gisel Delgado González.